

SEÑOR X¹

Por: Carl Sagan (Nueva York, 1934-1996).

Traducción de: Roberto Palacio

Revista Número, Edición 35, diciembre 2002 – enero – febrero 2003

pp. 64-67

Hijo de inmigrantes judíos, Carl Sagan estudió en la Universidad de Chicago, donde recibió un Ph.D en astrofísica. Ampliamente reconocido por sus trabajos científicos y recordado por sus esfuerzos por aumentar la difusión de la ciencia, lo que se vio plenamente en sus series de televisión *Cosmos* y *Contacto*. Publicó, entre otros libros: *Vida inteligente en el universo*, *La conexión cósmica*, *Los dragones del Edén*, *El cerebro de Broca*, *Cometa* y *El mundo y sus demonios*.

En tiempos de satanización de la marihuana vale la pena escuchar la voz de Carl Sagan, científico de reconocida trayectoria mundial: «Ojalá que el momento de la legalización no esté muy lejano; la ilegalidad es un despropósito; un impedimento para la utilización cabal de una droga que ayuda a producir la tranquilidad, las intuiciones, la sensibilidad y los sentimientos de amistad que tan desesperadamente se necesitan en un mundo cada vez más disparatado y peligroso».

Todo comenzó hace unos diez años. Yo había alcanzado un período mucho más relajado en mi vida, un tiempo en el cual llegué a sentir que había más en la vida que la ciencia, un tiempo de despertar de la conciencia social y de la amabilidad, un tiempo en el cual estuve abierto a nuevas experiencias. Me hice amigo de un grupo de personas que fumaban *cannabis* de manera ocasional, sin regularidad pero con evidente placer. En principio estuve renuente a participar, pero la aparente euforia que producía la *cannabis* junto con el hecho de que no hubiera una adicción fisiológica a la planta me impulsaron a probarla. Mis experiencias iniciales fueron totalmente decepcionantes: no había ningún efecto en absoluto y comencé a elaborar una serie de hipótesis acerca de la *cannabis* como un placebo que simplemente creaba expectativa y que funcionaba por medio de la hiperventilación, no gracias a la química. Sin embargo, luego de unos cinco o seis intentos fallidos, sucedió. Estaba tirado de espaldas en el sofá de un amigo examinando despreocupadamente el patrón de sombras proyectado en el techo por una planta (¡no se trataba de *cannabis*!). De golpe me di cuenta que estaba examinando los intrincados detalles de un Volkswagen en miniatura, claramente delineado por las sombras. Inicialmente fui muy escéptico con respecto a esta percepción e intenté encontrar inconsistencias entre lo que estaba viendo en el techo y un Volkswagen real. Pero todo estaba ahí: los guardabarros, la placa, las partes cromadas e incluso la pequeña manija del baúl. Cuando cerré los ojos, quedé asombrado al descubrir que se proyectaba una película en el interior de mis párpados. Un *flash*...una sencilla escena campestre con una finca roja, cielo azul, nubes blancas y un camino amarillo que contorneaba sobre las colinas verdes hasta perderse en el horizonte...*flash*...La misma escena pero con la casa naranja, el cielo marrón, las nubes rojas, el camino amarillo y los campos de color violeta...*flash*...*flash*...*flash*. Los *flashes* ocurrían con cada latido del corazón. Cada *flash* proyectaba la misma escena simple pero con colores distintos cada vez...Tonos exquisitamente profundos y asombrosamente armoniosos en su

¹ Este texto se publicó por primera vez en el libro del doctor Lester Grinspoon, *Marihuana Reconsidered*, Harvard University Press, 1971.

yuxtaposición. Desde entonces he fumado *cannabis* de manera ocasional y la he disfrutado a cabalidad. Despierta la sensibilidad adormecida y produce efectos incluso más interesantes, según explicaré más adelante.

Recuerdo otra de mis experiencias visuales con la *cannabis*, durante la cual visualicé la llama de una vela y descubrí en el corazón de la llama al caballero español que aparece en las botellas del jerez Sandeman, parado con magnífica indiferencia, vistiendo su capa y su sombrero negro. Observar el fuego mientras se está trabado, especialmente a través de un calidoscopio que fraccione el campo visual, es una experiencia de movimiento y belleza extraordinaria.

Quiero advertir que en ningún momento pensé que estas cosas «realmente» existieran. Sabía que no había ningún Volkswagen en el techo ni ningún hombrecito Sandeman en la llama. No siento ninguna contradicción en esas experiencias. Hay una parte de mí que crea estas percepciones que en la vida diaria serían extrañas y otra parte de mí que sólo es observadora. La mitad del placer viene del observador que aprecia la obra del creador. Sonríe, a veces incluso me río a carcajadas de las imágenes que hay en el interior de mis párpados, pero no siento el pánico o el terror que a veces acompaña algunas psicosis. Quizás esto se deba a que sé que se trata de mi propio viaje y que puedo regresar rápidamente cuando yo lo desee.

Aunque mis primeras percepciones eran todas visuales y curiosamente carecían de figuras humanas, estas dos circunstancias han cambiado a través de los años. Hoy encuentro que una copiada de marihuana es suficiente para trabarme. Sé que estoy trabado si al cerrar los ojos aparecen los *flashes*. Aparecen mucho antes de que haya otras alteraciones en mi visión u otras percepciones. Sospecho que se trata de una señal de «bulla visual», aunque el nivel de bulla visual lo sienta muy bajo con los ojos cerrados. Otro aspecto informativo y teórico interesante —al menos en los *flashes*— es la prevalencia de dibujos animados: sólo está la silueta de las figuras, caricaturas, no fotografías. Creo que esto es simplemente un asunto de comprensión de la información; sería imposible asir el contenido total de una imagen con la información de una fotografía ordinaria de unos 108 bits en la fracción de segundo que dura un *flash*. La experiencia del *flash* está diseñada, si se me permite esa expresión, para la apreciación instantánea. El artista y el espectador son uno y el mismo. Esto no quiere decir que las imágenes no sean increíblemente detalladas y complejas. Recientemente tuve una imagen en la cual dos personas estaban hablando y las palabras que estaban diciendo aparecían en letra amarilla sobre sus cabezas, al ritmo de una oración por latido del corazón. A este ritmo era perfectamente posible seguir la conversación. Al mismo tiempo aparecían de vez en cuando, entre las palabras en letra amarilla, unas en letra roja que encajaban perfectamente en el contexto de la conversación, pero que tomadas aparte y puestas juntas formaban una serie de enunciados muy distintos de los de la primera conversación y radicalmente críticos de ésta. Todo el proceso que he descrito acá, durante el cual se producían al menos cien palabras amarillas y más o menos unas diez rojas, duraba poco menos de un minuto.

La experiencia con la *cannabis* ha mejorado significativamente mi apreciación del arte, un tema que hasta el momento no había valorado mucho. La comprensión de la intención del artista que ocurre cuando estoy trabado a veces se traslada a los momentos en que no lo estoy. Ésta es una de las muchas fronteras que la *cannabis* me ha ayudado a traspasar. También he tenido algunas intuiciones relacionadas con el arte, no sé si sean verdaderas pero fue divertido formularlas. Un ejemplo que se me ocurre fue la vez que contemplé bajo los efectos de la *cannabis* la obra del surrealista belga Yves Tanguy. Algunos años después, extenuado por un largo nado en el mar Caribe, tirado sobre una playa producto de la erosión de un arrecife de coral cercano, me dediqué a examinar los

diminutos fragmentos color pastel que formaban la arena y de repente noté que estaba ante una inmensa pintura de Tanguy. Tal vez Tanguy visitó una playa similar en su niñez.

Una mejora similar ha ocurrido con mi apreciación de la música. Gracias a la *cannabis* fui capaz de escuchar por primera vez los distintos componentes de una armonía tripartita y la riqueza del contrapunto. He entendido desde entonces que los músicos profesionales pueden mantener separadas sin dificultad en sus cabezas diversas partes de una pieza que están ocurriendo simultáneamente, pero era la primera vez para mí. Acá de nuevo las experiencias aprendidas durante el efecto de la *cannabis* se han trasladado a los momentos en que no estoy bajo su efecto. Se potencia el gusto por la comida: los sabores y aromas que normalmente no notamos aparecen de una manera notoria y uno puede prestarles toda su atención a estas sensaciones. Una papa sigue teniendo su textura, su cuerpo y su sabor, pero estas sensaciones son mucho más intensas. La *cannabis* también incrementa el placer del sexo: por un lado, estimula una sensibilidad exquisita y, por otro, prolonga el orgasmo, en parte debido a la distracción creada por la profusión de imágenes que pasan ante los ojos. La duración del orgasmo se incrementa significativamente, pero claro está que esto se puede deber a la sensación de expansión del tiempo que se experimenta con la *cannabis*.

No me considero una persona religiosa en el sentido habitual de la palabra, pero debo decir que ciertos viajes tienen un aspecto religioso. La sensibilidad estimulada en todas las áreas me da una sensación de comunión con lo que me rodea, bien sean objetos animados o inanimados. Algunas veces un sentido existencial del absurdo se apodera de mí y puedo percibir con terrible certidumbre mis propias hipocresías e imposturas, así como las de otras personas. En otras ocasiones, el absurdo asume la forma de una conciencia fantasiosa y juguetona. Cualquiera de estas dos formas del absurdo se puede comunicar. De hecho, algunos de los viajes más agradables que he tenido han involucrado conversaciones en las cuales comparto mis percepciones y la risa que ellas despiertan. Con la *cannabis* uno se da cuenta de que a lo largo de nuestras vidas somos entrenados para ignorar lo que nos rodea, para olvidar, para apagar nuestras mentes. Percibir el mundo como realmente es puede ser enloquecedor y de hecho la *cannabis* me ha acercado a algunas experiencias propias de la locura. También me ha enseñado cómo usamos la palabra loco para hablar de lo que nos resulta muy doloroso. En la Unión Soviética, a los disidentes políticos se los hacina en el manicomio. Algo similar, aunque más sutil, ocurre cuando decimos: «¿Escuchaste lo que Lenny Bruce dijo ayer? ¡Debe estar loco!». La experiencia con la *cannabis* me ha enseñado que hay algo en la cabeza de las personas que tildamos de locas.

Cuando estoy trabado puedo penetrar en el pasado, recordar mis experiencias de la niñez, a los amigos, parientes, juguetes, calles, olores, sonidos y sabores de una época que se ha ido. Puedo reconstruir eventos de la infancia que en su momento apenas comprendí. Muchos de mis viajes con *cannabis* (aunque no todos) incluyen en alguna instancia un simbolismo que no intentaré describir aquí y que significa mucho para mí, un cierto tipo de mandala impuesta en el viaje. La libre asociación a partir de esta mandala, tanto visual como en forma de juegos de palabras, me ha ayudado a producir una rica gama de intenciones.

Hay un mito con estos viajes: se tiene la ilusión de una gran clarividencia en las intuiciones, pero esta claridad no soporta el escrutinio racional de la mañana siguiente. Estoy convencido de que esto es un error y que las intuiciones sobrecogedoras que se tienen en algunos viajes son realmente significativas. El verdadero problema es hacer que esas intuiciones sean aceptables para ese otro que somos al día siguiente. Uno de los esfuerzos más grandes que haya hecho en mi vida ha sido dejar testimonio, bien sea

escrito o grabado, de esas intuiciones. El problema es que al menos diez imágenes o ideas interesantes se pierden al intentar grabar o escribir una sola. Es fácil entender por qué alguien puede llegar a pensar que no vale la pena dejar testimonio de esos testimonios, una especie de intrusión de la ética protestante. Pero con el tiempo he tenido éxito en esta tarea gracias a que he estado sobrio casi toda mi vida. También me he dado cuenta de que a veces es posible recordar algunas de las buenas intenciones al día siguiente, pero sólo cuando se ha hecho el esfuerzo de anotarlas de alguna manera. Simplemente con escribir la intuición, o contársela a alguien, la puedo recordar al día siguiente sin dificultad, pero si me limito a decirme que es necesario acordarme de esto o aquello, nunca lo hago.

La mayor parte de las intuiciones que tengo cuando estoy trabado están relacionada con lo social, un área de creatividad académica muy distinta de aquella por la cual habitualmente se me conoce. Recuerdo una ocasión en la que tuve una idea acerca de los orígenes e invalidez del racismo en términos de las curvas de distribución de Gauss mientras tomaba una ducha trabado con mi esposa. Posiblemente era un punto obvio pero casi nunca se habla de ello. Dibujé las curvas con jabón en la pared de la ducha e inmediatamente salí a poner la idea por escrito. Una idea llevó a otra y al cabo de una hora de trabajo duro noté que había escrito once ensayos breves que abarcaban una amplia gama de temas sociales, políticos, filosóficos y de biología humana. Por problemas de espacio no puedo entrar en detalles acerca de estos ensayos, pero dados los indicios que venían de afuera, tales como reacciones públicas y comentarios de expertos, contienen ideas válidas. He utilizado estas ideas en discursos de graduaciones universitarias, en ponencias y en mis libros.

Pero déjenme al menos darles un breve ejemplo de una de esas ideas y de las teorías que la acompañan. Una noche, trabado, mientras hacía un poco de autoanálisis hurgando en los recuerdos de mi niñez —con considerable éxito, por cierto—, me detuve un momento a pensar lo extraordinario que resultaba que Sigmund Freud hubiera sido capaz de llevar a cabo su increíble autoanálisis sin la ayuda de drogas. Casi de inmediato me di cuenta de que estaba equivocado y que Freud había experimentado con cocaína una década antes de su autoanálisis. Se me hizo muy obvio que las ideas psicológicas genuinas que Freud trajo al mundo se derivaban al menos en parte de su experiencia con las drogas. No sé si esta idea sea cierta y si los biógrafos de Freud estarán de acuerdo con mi interpretación o si dicha idea ya se haya publicado en el pasado, pero en todo caso constituye una hipótesis interesante que bien puede pasar por un primer escrutinio en el mundo de los sobrios.

Me acuerdo de la noche en la que entendí de repente lo que era estar loco y me acuerdo de las noches en que mis sentimientos y percepciones eran de naturaleza religiosa. Tuve entonces la sensación muy precisa de que esas ideas y percepciones, de las cuales había tomado nota casualmente, no aguantarían el escrutinio crítico del científico que soy. Si en la mañana encuentro un mensaje mío de la noche anterior informándome que hay un mundo entorno a nosotros que difícilmente percibimos o que nos podemos hacer uno con el universo o que ciertos políticos son personas desesperadamente temerosas, tiendo a no creer en lo dicho. Cuando estoy trabado sé de esta tendencia mía a no creer. Por eso tengo un casete en el cual me incito a tomar en serio las ideas de la noche anterior. Me digo: «Escucha con cuidado, hijo de perra de la mañana; estas cosas son reales». Intento mostrarme que mi mente está funcionando claramente; evoco el nombre de algún conocido de la universidad que no he visto en treinta años, describo el color, la tipografía y el formato de un libro que está en otra habitación y he descubierto que estos recuerdos sí aguantan el escrutinio de la mañana siguiente. Estoy convencido de que la *cannabis* da acceso a niveles de percepción

genuinos y válidos (probablemente otras drogas también lo hagan), niveles que, a pesar de los defectos de nuestra sociedad y de nuestro sistema educativo, no son accesibles sin esas drogas. Esta observación no sólo es válida en lo concerniente al autoconocimiento y las búsquedas intelectuales, sino también para el conocimiento de otras personas. La enorme sensibilidad ante las expresiones faciales, las entonaciones y la selección de palabras a veces produce una afinidad tan estrecha que es como si dos personas se estuvieran leyendo la mente mutuamente.

La *cannabis* les permite a los no músicos experimentar un poco lo que es ser un músico y a los no artistas disfrutar los deleites del arte. Pero yo no soy ni artista ni músico. ¿Qué ha pasado con mi trabajo científico? He descubierto que pese a que no me veo inclinado a pensar en mis preocupaciones profesionales estando trabado —las aventuras intelectuales atractivas siempre parecen estar en las demás áreas—, sí he llevado a cabo en mis viajes un esfuerzo consciente por pensar unos cuantos problemas corrientes de mi campo especialmente difíciles. El asunto da resultados, al menos hasta cierto punto. He descubierto, por ejemplo, que puedo apreciar un rango relevante de datos experimentales que parecen mutuamente inconsistentes. Hasta acá, todo bien. Al menos la agrupación de datos funciona. Luego, al tratar de encontrar una forma de reconciliar los datos dispares, sólo pude hallar una alternativa muy enrevesada, algo que con toda seguridad no habría pensado sin estar trabado. Escribí un ensayo en el que menciono esta idea de pasada. Creo que es muy poco probable que sea cierta, pero tiene consecuencias comprobables experimentalmente, lo cual es la marca distintiva de una teoría aceptable.

Mencioné antes que en la experiencia con la *cannabis* hay una parte de la mente que cumple el papel de un observador desapasionado y que es capaz de devolverlo a uno de afán del viaje si es necesario. En algunas escasas ocasiones me he visto forzado a manejar en el tráfico pesado estando trabado. Logré arreglármelas sin dificultad alguna, a pesar de que sí se me ocurrieron varias ideas acerca del maravilloso color rojo cereza de las luces del tráfico. Descubrí que después de manejar no estaba trabado. No había *flashes* en el interior de mis párpados. Si usted está trabado y lo llama su hijo, usted puede responder tan diligentemente como normalmente lo hace. No es que yo defienda manejar bajo los efectos de la *cannabis*, pero sí puedo decir, a partir de mi experiencia personal, que se puede hacer. Mis viajes siempre son reflexivos, pacíficos, intelectualmente estimulantes e invitan a la sociabilidad, a diferencia de lo que sucede con el alcohol, además del hecho de que no hay guayabo. A través de los años he descubierto que dosis cada vez más pequeñas de *cannabis* son suficientes para producir el mismo viaje; recientemente descubrí, en un teatro, que me podía trabar simplemente inhalando el humo de *cannabis* que había en el recinto.

Hay un aspecto autorregulador muy agradable. Cada inhalación lleva sólo una dosis muy pequeña de *cannabis*: el lapso entre la inhalación y la percepción de los efectos es muy pequeño y no se desea más después de que se está trabado. Creo que la razón, R , entre el tiempo que se demora la *cannabis* en producir efectos y el tiempo requerido para tener una sobredosis es una cantidad importante. R es muy grande para el LSD (que nunca he probado) y razonablemente corto para la *cannabis*. Valores pequeños de R deben ser una medida de seguridad para las drogas psicodélicas. Cuando se legalice el consumo de *cannabis*, espero ver esta razón como uno de los parámetros que se imprimen en la cajetilla. Ojalá que el momento de la legalización no esté muy lejano; la ilegalidad es un despropósito; un impedimento para la utilización cabal de una droga que ayuda a producir la tranquilidad, las intuiciones, la sensibilidad y los sentimientos de amistad que tan desesperadamente se necesitan en un mundo cada vez más disparatado y peligroso.

